

La dimensión política en Platón. La ciudad que clama por su salud

Nos proponemos relevar en qué medida este antecedente impacta en desarrollos filosóficos; será la filosofía la que recoja este legado en su gesta organizativa del dispositivo político. La filosofía se yergue, a partir del giro socrático, en *ethos* político. Nuestras reflexiones se dirigen allí, a ese enclave de saber y a su correlativo poder, que ubica al filósofo en un *topos* privilegiado. El punto de instalación escogido es la figura del filósofo en relación a la política como capacidad de administrar, *chresis*, los asuntos públicos, los asuntos de la *polis*, aquellos que atañen al bien común; administración que no es ajena a su propia gestión como sujeto temperante.

El punto de instalación nos lleva a Platón porque en él la inquietud política se vuelve dominante, al tiempo que se vincula con la ética. En múltiples pasajes de sus diálogos, el filósofo da cuenta de la enfermedad, *nosos*, de la *polis*, en el marco de lo que constituye una metáfora médica, hilvanando estructural y simbólicamente los campos de la filosofía y de la medicina como espacios solidarios, en tanto artes de la conducción. La ciudad está enferma, como lo estaba la aldea hesiódica en manos de los *dorophagoi*, y la gran preocupación política es hallar el *pharmakon* y el *iatrós*, el médico, que pueda curarla. Cuando Platón concluye en la *Carta VII* su diagnóstico de la situación de la ciudad, finaliza diciendo que sólo la filosofía cumplirá esa función terapéutica porque sólo ella puede brindar una visión perfecta y acabada de lo que es justo. De este modo, la ciudad no cesará en sus males hasta que los que son recta y verdaderamente filósofos ocupen los cargos públicos, en honor a la recta y verdadera filosofía. Esta es la clave de nuestra búsqueda: el filósofo posee el saber que lo habilita para tal empresa. Así como Zeus garante supo ordenar el *kosmos*, a partir de su saber-poder; así como los reyes justos y los hombres justos, a diferencia de los *dorophagoi* y de los hombres injustos, harán, el filósofo es aquel que puede organizar una ciudad que ha perdido el rumbo de la aldea un espacio habitable, bajo el cielo de la justicia y la *arete*, en las líneas de continuidades, más allá de los órdenes de discurso y de los estatutos de pensamiento respectivos.

Platón alude a las características que debe tener quien se dedique a gobernar la *polis*. Se trata nítidamente de la preocupación política por la formación que deben recibir los filósofos, quienes serán probados, tanto en los placeres como en los trabajos y los

temores, elementos de prueba para testear sus capacidades, para examinar su *ethos*, como condición primera de posibilidad de devenir el gobernante que la *polis* necesita.

Hay, no obstante, otro registro de necesidades, que viene a complementar el anterior; se trata de *ta mathemata*, los estudios superiores, que completan la formación político-intelectual del futuro gobernante. El objeto de estudio al que los mismos se refieren constituyen el objeto de mayor dignidad ontológica, único capaz de sanear los destinos de la *polis*. Objeto prestigioso que hilvana la ecuación saber-poder, al tiempo que la excelencia del mismo supone un largo camino de acceso, que podríamos enmarcar en una metáfora del rodeo. El camino elegido por Platón para dar cuenta de la posibilidad de conocimiento es el relato alegórico, como recurso didáctico de decir las cosas de otro modo, *allegoreuo*, ya que, por su dificultad intrínseca, el objeto de conocimiento no podría ser captado más que a través de una representación o imagen, momento preparatorio para una comprensión ulterior. Está apareciendo el Platón pedagogo que elige, deliberadamente, la herramienta didáctica para llegar a la verdad como *telos* último de la empresa político-educativa.

Cuando Platón describe el perfil del futuro gobernante se refiere a la necesidad de tener que demostrar su amor a la *polis* como condición de posibilidad de su aspiración política y este amor consiste en brindarle a la ciudad “cosas útiles”, esto es, aquello que contribuye al bien común. Brindar “cosas útiles” es brindar “cosas buenas”, “cosas bellas”, “cosas justas”; brindar, en última instancia, la multiplicidad de cosas capaces de restaurar el orden resquebrajado, de conjurar los riesgos de la *an-arkhia*, como pérdida del principio rector. La única forma de poder cumplir con ello, es conociendo el fundamento, *arkhe*, aquello que hace de lo bueno algo bueno, de lo bello algo bello y de lo justo algo justo. No hay posibilidad de brindar esas cosas a la *polis* si el filósofo no conoce previamente la razón de ser de todo lo bueno, lo justo y lo bello. Conocer la idea de lo bueno, de lo bello y de lo justo o, en términos platónicos, lo “Bueno en sí”, lo “Bello en sí”, lo “Justo en sí”, aquello que no es “en otro”, es la única posibilidad y la condición necesaria para poder ejercer el gobierno de la ciudad. Saber y poder aúnan, una vez más, sus lazos.

Quien conoce el fundamento, el principio, la *arkhe*, de porqué algo es como es, detenta la *arkhe*, en tanto poder, dominio, autoridad. El término en su matriz etimológica da cuenta de la solidaridad entre saber y poder. Conocer el principio, el fundamento es el

conocimiento de mayor dignidad, tanto en el orden del ser como en el orden del conocer y del obrar. Quien alcanza ese saber, alcanza, del algún modo, el poder, la autoridad que legitima la más noble de las funciones: administrar los asuntos públicos, aquellos que recogen el bien de los *politai*; alcanza, ciertamente, la autoridad que lo ubica en el lugar del *iatrós*, del médico que la ciudad reclama para sanear sus males. El saber-poder se ha desplazado a una nueva configuración, la filosofía. Desplazamiento que, no obstante, fuera anunciado en nuestro análisis precedente, cuando partimos del *logos* poético como un primer pliegue de la relación. Arribamos así a un nuevo pliegue en el camino de desplazamiento: de una poesía sapiencial, representada por la poesía didáctica de Hesíodo, hacia un tipo de saber más teórico y abstracto, que posiciona al filósofo en el lugar de quien encarna un tipo de conocimiento superior, que, en cierto modo, se dirige a las cosas divinas; no ya en el viejo sentido religioso, sino en el sentido de la excelencia ontológica del objeto en cuestión. De este modo, el filósofo alcanza un estatuto de saber que lo posiciona en el ejercicio de un tipo de poder que lo convierte en el mejor guardián que la *polis* necesita. Sabe guardar, *fulasso*, el orden interno de lo máspreciado, la *polis*, porque conoce el fundamento para hacerlo, así como ha sabido guardar su propio orden interior por hallarse en posesión de ese mismo conocimiento. Es, de algún modo, el nuevo garante de la ordenación de la ciudad.

Conclusiones

Las cosmogonías han dado cuenta de un relato político, ya que expresaron la necesidad de imprimir en el *kosmos* la legalidad que posibilita su funcionamiento, haciendo visible la organización política de lo real y tramitando la figura de un rey divino garante de esa organización. El mito sostiene, entonces, una dimensión política y una lectura posible en términos de saber-poder, a partir de la necesidad de garantizar la legalidad cósmica.

Trabajos y Días, desde una preocupación más histórico-social, nos habilitó también, a una lectura ético-política desde la perspectiva del *kosmos* humano.

El filósofo aparece, de algún modo, como la figura política que consolida la dialéctica saber-poder desde otro andamiaje; constituye el personaje que, definitivamente inscrito en la arena política, reúne, por un lado, el más alto conocimiento, aquel que se

dirige a lo permanente y constante, frente a otros saberes menores, que no habilitan al gobierno por dirigirse, precisamente, a lo múltiple y mutable, a lo que es y no es. Al tiempo que despliega un modo de ejercicio del poder que se articula en la mayor realización del mismo: la conducción de la *polis*.

El filósofo ha desplazado a los viejos maestros de verdad, como el propio poeta, en el marco de lo que constituye, a nuestro entender, el modelo de la batalla perpetua en las relaciones que el saber, el poder y la verdad, como instancias móviles e históricas, guardan entre sí. Del poeta al filósofo no ha dejado de renovarse el maridaje entre saber, poder y verdad, porque, claro está, ha sido la *aletheia*, como el bien máspreciado, el telón de fondo de todas nuestras reflexiones: detenta el mayor y el más digno conocimiento y, por ende, el más noble registro de poder aquel que está instalado en la verdad, haciendo del verbo *aletheuein*, estar en la verdad de las cosas, su morada.